

ISAACS FERRER, JORGE (1837-1895)

SAULO

HOMENAJE DEL AUTOR
EN LA TUMBA DE HELOISA

¡Alma de las mansiones siderales,
desciendes hasta mí!... como venías
en las calladas noches y sombrías,
con tu luz y perfumes virginales.

Hoy... de la eterna noche en los umbrales
con ósculos enjugas, cual solías,
estas últimas ya lágrimas mías,
hez de infortunios y dolor mortales.

¡Juventud!... Tempestad, ensueño ardiente...
ceniza en los cabellos, y aterido
el corazón que fue volcán rugiente!

Tú sola humana e inmortal has sido,
y besa tu sepulcro, reverente,
hasta el genio implacable del olvido!

SAULO

CANTO PRIMERO (y Único)

*Siempre te he profesado, a la faz del mundo entero, un amor sin
limites.*

....

*Bien sabe Dios que bastaba una palabra tuya para que yo no vacilara
en precederte o seguirte, aunque hubiera sido a los abismos infernales.*

--Heloísa

I

-Me la figuro en ti; ¡ya la comprendo!...
Arcángel y mujer, casta y ardiente...

Safo en el alma, Débora en la mente,
con el amor humano enamorada,
ciega de amor y trémula, sintiendo
ósculos de los ángeles que tocan
sus sienes y la veste inmaculada.

¡Eres tú como fue; ya la, imagino!
Son tus risueños labios, que provocan
mi sed de ti, los dulces labios suyos;
en la luz y tinieblas de sus ojos
hubo auroras y noches de los tuyos...
tristes y esquivos en eternos días....
abrasadores en las noches mías.

II

Asemejóse a ti: leve la veo,
de Psiquis y Diana,
de Bethsabé y Susana
conjunto y vida que forjó el deseo,
cruzar el bosque umbrío
al resplandor de fúlgidas estrellas;
y las auras perfuma,
y la siguen los céfiros del río
buscando flores dó dejó sus huellas...

Mas remóntase huyendo en la neblina
de la selvosa soledad aliento,
y la llama ya en vano el pecho mío,
y en el éter la busca el pensamiento...
¿Suspirabas? ¿Hablé?... ¿Silbó en la brisa
que del velamen desplegó las alas?
¿Qué acallados sollozos... ¡¡Heloísa!!...
¿Qué de su seno y su regazo exhalas?....
¿Es que tu amante corazón la nombra?
¿Eres ella?.... ¿Es su sombra
la que en mis brazos anheloso estrecho
al comprimirte así sobre mi pecho?

III

Ideal, bien perdido, o esperanza.
¡Dichas... presentimientos, remembranza
del vivo amor que con el alma vive,

que en misteriosa adoración recibe
del genio los dolores,
y en la tumba del mártir riega flores!...

Aroma errante del Edén llorado....
Ensueño delicioso
del poeta israelita,
en el idioma noble y sonoro
del idumeo y de David cantado.
Sulamite, la reina en los vergeles
de Salomón orgullo,
de sus morenas vírgenes dechado:
panal de limpias y rosadas mieles....

Entreabierto capullo
del rosal más oculto y oloroso
en los huertos del Líbano sagrado:
mansa paloma de doliente arrullo
del Sanir en las cumbres cautivada,
que enamorando llora,
y tiembla, de su dueño acariciada,
en los follajes que la tarde dora;
o es Ruth la de Moab, hoy errabunda,
indigente, sedienta, escarnecida....
respigando entre zarzas y junqueras,
al teñir de la noche espigas huera,
en el agrio desierto de la vida....

IV

¡Heloísa infeliz!.... ¡Sé lo que ansiaste!
Mi desgracia y orgullo es comprenderte!...
Si es humano el amar cómo tú amaste,
mi corazón pudiera merecerte,
saciar la eterna sed que no saciaste,
con tu amor infinito poseerte....
Y ¡ah! sólo al fin los brazos de la muerte
quisieron recibirte.... ¡y la imploraste!

En la sublime inmensidad perdido
del océano y los cielos, la grandeza
de tu dolor y de tu amor ya mido,
cerca de Dios, aquí donde la alteza
del humano poder es irrisoria
y bruma su saber, ¡polvo su historia!

V

Aquí, cerca de él, eterno y grande,
como nunca la mente,
sorda, ruda, impotente,
de ser humano concebir podría...

Le adoro en ti, mi alivio y alegría,
luz y primor de todas sus hechuras;
y comprender me es dable la agonía,
la soledad... el luto y las torturas
de aquel inmenso corazón que gime,
quemando las entrañas de la tierra,
bajo el pie de la muerte que le oprime
en la tumba sagrada que lo encierra.

¡Oyelo palpitar!.... Vive del hombre
en lo bello y fecundo,
en todo cuanto enseña lo divino
de su numen, su obra y su destino;
en ti, santa poesía, fe sin nombre,
confidencia de ángeles al mundo,
columna luminosa en el desierto...
fuente de Horeb brotando en el camino,
donde la ansiosa humanidad abreva
amor, y vida, y esperanza nueva.

VI

¡En esta inmensidad lo inmenso cabe!
En abismos sin fondo,
aquel dolor crudelísimo y tan hondo...
que compararlo el alma nunca sabe;
y aquí, bajo la bóveda del cielo,
que en la vasta extensión del horizonte
no limita la cúspide de un monte,
ni flotante girón de leve nube
que de la mar a las estrellas sube,
caber tan sólo pudo
de aquel amor el infinito anhelo...
de aquel amor que condenó sañudo
a mudez, orfandad y penitencia...
el vano amor a mentirosa ciencia.

VII

Vanidad! vanidad!.... Y del olvido
apenas ha podido
salvar el nombre del ingrato amante
la que, tanto hechicera y amorosa
y de las gracias núbiles radiante,
concedióle sin tasa las delicias
de mortal no soñadas;
y su velo de esposa
y del hijo del alma las caricias
a ocultas disfrutadas,
cambió por sayal y los cilicios...
¡sacrílega inocente!
Ufana de tan duros sacrificios,
porque de envidia y odio el anatema
ni una hoja marchite en la diadema,
gloria del bardo, y gala de la frente
que ósculos de la virgen fecundaron
y de la mártir lágrimas bañaron
en horas de venturas,
de embriaguez, de abandono y de ternuras.

VIII

¡De otro amor inmortal, presentimiento!...
¡De un bien perdido, mustia remembranza!...
Panal de limpias y rosadas mieles...
Mansa paloma de doliente arrullo...
entreabierto capullo
del rosal más oculto y oloroso
de Tadmor y sus cármes vedados....
Ensueño deleitoso...
¿Lloras?... ¿Por tí? ¿Por mí? Deja que aspire
el olor de tus bucles destrenzados,
que en tu seno castísimo respire
los aromas por mí solo aspirados.
Perdona que delire:
¿no deliro de hinojos,
sumiso esclavo de tus negros ojos?
"Sed tengo"... sed de amor que en ti se calma:
no niegues a mis ósculos tu llanto...
¡Sacia esta sed que me devora el alma!

IX

Del regazo mullido
rodó a tus plantas el poema santo:
de ese amor infeliz cuentan la historia
al mundo envilecido,
de torpes mesalinas ruin escoria,
las inmortales páginas que huellas
bajo el níveo ropaje,
de niña tu rencor cebando en ellas.
Dámelas, Olga mía,
de los chilenos campos lozanía,
mi orgullo, mi deleite y embeleso,
y en cambio.... ¡Loca!.... ¡Sí! mi más amante,
hondo, y ardiente, y prolongado beso.

X

¿Sabes, mi dulce amor, sabes si un día
estos mares, sus olas y sus vientos,
tu lloro, mis delirios, tus acentos
revelarán al mundo,
doliente, lastimado, gemebundo,
al saber nuestro amor y sus tormentos?
¿Sabes si peregrinos
de región en región, de clima en clima,
pedirán nuestras fosas
a las palmeras del desierto umbrosas
bardos del Aconcagua y del Tolima?
¿Sabes si las zagalas sin ventura
pedirán a los cielos tu hermosura
y el divino poder de tu mirada?
¿Si a mi mente inspirada
por ti, sólo por ti, los trovadores
numen demandarán en sus dolores?

XI

¿A dó vamos? ¡No sé! ¿Tú lo adivinas?
¿Del Guayas a morar en las riberas?
¿Del Cali rumoroso en las colinas?
¿Del adormido Funza en las praderas?

¿Del Aures en las faldas montesinas?

¿A dónde al fin!....

--Yo... ya... donde tu quieras

....

--¡Y ofende tanto amor leyes divinas!

--¡Gozosa moriré donde tú mueras!

--La envidia vil y el vulgo, soberanos...
que venden su sanción, si paga el oro.

--Las joyas de mi cuello y de mis manos...

y nada para mí, sino el tesoro

de tu alma que hirieron inhumanos;

nada más para mí... ¡porque te adoro!

XII

--¿Ves cómo cruza en fatigosos vuelos

pareja solitaria de gaviotas

la negra mar bajo los limpios cielos,

por tormentas del Sur las plumas rotas?

Tal vez de Magallanes en los hielos,

sobre el cano peñón de islas ignotas

en el nido dejando los hijuelos...

proscritas van a playas tan remotas.

¡Vamos así!... ¿No ves en lontananza,

en el vago confín del horizonte,

pequeño ¡ay! más cuanto la nave avanza,

un punto... de tu patria último monte?

--¡Pero me quedas tú, mi bienandanza,

mi universo, mi vida, mi esperanza!

XIII

--¿Cítaras y laúdes?... ¿Qué murmurios
de lo etéreo y lo hondo en los abismos?....

¿Qué divino contento

vuela.... vaga, suspira

las fugaces ráfagas del viento,

y en lo insondable de la noche expira

como ahogado en tristísimo lamento?

¿Oyes?... ¡Oye! Retorna... ¡crece, crece!

Y en la oleada lejos desfallece.

¡Es Dios! ¡Es Dios! Contéplale. ¡Nos mira!

Legiones invisibles de su trono

vuelan a tu redor; riza las ondas

el roce de sus alas, y diademas
de aljófar y diamantes les ofrece
la estremecida mar en sus olajes,
y vienen murmurando... ¡Escuchar
--Escucho!...
--De la región sidérea en las alturas,
en el terral que perfumado pasa,
en el ronco fragor de la rompiente....
¡Es Dios! ¡Es Dios!... ¡El Dios omnipotente!

XIV

Adórale: te admira
a ti de su creación gala y señora...
con mi amor, a tus pies, puso esta lira;
y el estro que me inspira,
en tu mirada negra y soñadora.
Si tus ojos en lágrimas se anegan,
la noche gime, los luceros ciegan,
el cielo, antes azul, contigo llora;
y he visto que sonrío, si sonrías,
de la tierra en las rosas y. alelifes.

XV

Sombra son de su mano
¡estas noches sublimes del océano!...
Y El la frágil proa
guía de nuestra nave,
y El, cuyo soplo breve
pudiera convertir el universo,
el universo todo en brama leve,
con hálito suave
sobre linfas de ópalo y zafiro
en la marina pampa el leño mueve;
y a mí te dio, perfume que respiro,
raudal do el alma enardecida bebe
para siglos de amor, ciega, insaciable,
de los hombres burlando el odio aleve,
¡delicia inagotable!

XVI

El que soles innúmeros inflama
del espacio infinito en la tiniebla,
y de mundos la puebla,
en que sus dones pródigo derrama;
el que creó más astros que burbujas
hierven del torvo mar en los olajes,
cuando iracundo brama
espantoso en sus ímpetus salvajes...
nos ve, nos oye, te bendice y ama.
--¡Y tú su imagen, mi Señor!
--¡Locura!
¡Blasfemia del humano desvarío!
¡Apoteosis de materia impura,
risible vanidad del hombre impío!

XVII

Fue Dioema... quizá del blondo,estío
en las noches rientes,
a los pies de Rael, bajo las frondas
de gigantes laureles y de lotos,
oasis de las ondas
del Gehón y sus cisnes indolentes.
Al oírse la cítara de oro
del hijo de Juval en el desierto,
despiertan en las vastas soledades
agrestes ruiseñores,
y en deliquios de amor lloran has flores:
agítanse, soñando, en la espesura
áureas palomas, y su amante arrullo
de ribera en ribera repetido,
y de amor en amor, de nido en nido...
desmaya en el ondear de las colinas,
lejos entre las nieblas azulinas....

XVIII

¡Mujer... toda mujer, toda bellezal
Ni lodo, ni proscrita pecadora,
ni cómplice de mal, ni malhadada;
los deleites y vida que atesora
la dio naturaleza,
y fue para el amor y el bien creada.
Esas formas purísimas bruñeron

a la bermeja lumbre de la aurora
las linfas del Gehón y sus espumas,
y vírgenes esclavas las ungieron
con óleos de azahares y de nardos.
Reclinada en cojines de vellones,
melenas de leones,
sobre sedosas pieles de leopardos,
vienen de los jazmines y palmeras
canarios juguetones
a picar sus ajorcas y collares;
y las ocultas y mejores perlas,
¡Tan granadas al verlas!
recoge la paloma favorita
con maternal cariño
en el nido de rosas y de armiño,
y sobre el seno túrgido palpita....

XIX

Burlan los tulipanes amorosos
su corta veste, si en los bosques vaga,
y tiéndense a sus plantas humildosos
los ciervos, y lamiéndolas la adulan,
si el dardo volador herir amaga.
Dē ella en los acentos,
hay trinos que modulan
los turpiales canoros,
murmillos de raudal, risas y lloros,
amante frenesí que blando halaga....
Sollozos de placer, dulces tormentos....
Suspiros de la tarde que se apaga.

XX

Ya del muelle avestruz, sobre lo blando
del lujoso plumón, salta ligera
y cruza como a vuelo en su carrera
la riscosa y vastísima llanura,
descogidos al viento los sendales....
Arreboles purpúreos y de ámbar,
tocado de la libre cabellera,
de los hombros y el cinto virginales.
Ya pensativa, en dejadez, ardiente....
Con sigilo se asombra en la espesura

de lianas y cedros colosales.
¿Qué adivina? ¿Qué sufre?...¿Qué presiente?....
Del remanso en los límpidos cristales
con ansia, sin testigo, sin zozobra
contempla su hermosura.
El manto de la noche, sus cabellos:
el lujo sideral de las de Oriente,
sus tinieblas, arcanos y destellos
sobre las aguas del Phisón tranquilas,
en las brunas pupilas:
como tintes del alba ruborosa...
y el nácar y encarnado pudibundo
del caracol marino,
al rodarse la veste que desata
la mano temblorosa....
¡Qué deidad!.... Del remanso en lo profundo
se estremece el trasunto peregrino.
¿Para qué fue creada tan hermosa?
Esos lánguidos ojos que la ofuscan....
Esos húmedos labios que sonríen....
La besan los plumajes de las cañas,
las ovas florecidas y espadañas:
picaflores en ella mieles buscan....
Y del peñasco enhiesto en los festones,
mirándola revuelan los alciones.
¿Qué susurros y olor en el ambiente?...
El bosque la respira....
Nimbo el rayo la da del sol poniente;
la soledad en éxtasis la mira.
....
¿Qué alienta? ¿Qué adivina? ¿Qué presiente?
Hay gérmenes de Dios en sus entrañas.
Hay para siglos numen en su mente.
Hierva en sus venas sangre de legiones....
Es luz, amor, clemencia... gloria, gozo....
Hay en su seno savia de naciones.
¡Es lágrimas, es madre, es alborozo!

XXI

--¡Saulo!... ¡Saulo de mi alma!
¡Heloísa!... Dioema: ¡fue Dioema!
Resonaba la cítara de oro
del hijo de jubal, cuando la luna
en los remotos mares se adormía,

y del cantar sonoro
la deleitable y férvida armonía,
que en mudo arrobamiento
oyó en los antros el nocturno viento
vibrante y poderosa,
ya trémula, voluble, vagarosa....
En acordes dulcísonos desmaya.
¡Solos están allí con su ventura!
Él, Señor de la tierra, esclavizado;
ella, ensueño de Dios... ¡tan bella y pura!
Solos están allí sobre el collado
de las lejas orillas atalaya,
cabe los troncos del florón ingente
de dátiles y erguidos cinamomos,
verdescura corona
de la eminencia que a vecina playa
deja caer su manto de gramales
y juncos odoríferos y cromos
a hundirse del Gehón en los raudales.

XXII

Yace el laúd en el lozano césped,
absorta y errabunda
del bardo la mirada
en la espléndida bóveda y profunda
de los cielos turquinos,
aun le escucha Dioema enajenada;
y anhelantes los labios purpurinos,
altos sobre él y en éxtasis los ojos,
la dicha en ellos... y en su queja enojos,
abandónase al brazo que circunda
su talle delicioso y lo cimbreo,
y quedísimos ruegos balbucea....

XXIII

--Toma... ¡tañe el laúd! ¡Ah! ¡Si no me oye!
¡Ni fuiste nunca mío!... Y yo le veo
aun dormida... y le llamo....
Y tuya, toda tuya... te deseo
en mí... por ti... por mí... ¡porque te amo!
¿Qué escucha? ¡Ni me siente... ni respira!...
¡Deja... deja!.... más blandos que los tuyos

son abrazos de madre, y en los suyos
ni me quemo ni ahogo....
Noema te aborrece, te maldice
porque me haces llorar... ¡porque derramo
de lágrimas raudal, y desahogo
así en su seno mi dolor.... ¿Qué sueñas?...
¡Son tan bellos los ángeles!... ¿Qué hice,
recelosa, severa, dura, esquivada...
para que sólo entre mis brazos viva?
Muy hermosos los ángeles... ¡y cantan!
¿Que linda soy como ellos, Sella dice?
Sus fulgores a réprobos espantan....
Son de espumas, de lumbre... aromas... oro....
Dormida yo los vi: cítaras tienen,
alas de cisnes.... ¡y a escucharle vienen!
¿Del sol? ¿De los luceros? ¡Ah! ¿De dónde!
¡No lo sé! ¿Sí, lo sabes?... ¡No responde!...
Dilo, dime, Rael.... ¿Es de la luna?...
Si tú no me amas... ¡¡no!! ¡Nunca me amaste!
y mi amor de mujer ya te importuna:
¡vuélveme así a engañar cual me engañaste!
Y en poseerlo el corazón se empeña....
¡Un ángel lo enamora, y me desdeña!
Bajan de noche... y con las sombras huyen.
¿Viniste tú de allá?... ¿Cuándo? Tu cuna
de oro bello de Cólchida y marfiles
meció la madre mía
de Henóch en los pensiles,
junto de aquellas torres que derruyen,
hoscas, en pie, gigantes todavía,
el simoún rabioso y las tormentas....
Y allí vieron tus ojos luz del día.
¿Cuándo?... Si ayer nomás, él rapazuelo
y yo a su hombro, por los altos montes
nos íbamos errantes....
Y yo para sus sienes recogía
convólvulos azules como el cielo....
¡Ay! Me amaras ahora como enantes!....
Y mis pies, que jugando le negaba,
con sus calientes labios enjugaba...
tan risueños entonces... ¡tan amantes!
....
¡Desventurada! ¡Aymé! Sí: se figura
acercará su pecho la hermosura
hechicera inmortal que le sonrío,
que robóle a mi amor y mi ventura.

¡No en mis brazos la invoque y desvaríe!
En lágrimas se anegue mi sollozo....
¡¡No!!... ¡Tu juguete soy, y ella tu gozo!
¡Despierta que me ahogas!... ¿Qué murmura?
Hijas de Seth así nunca nacieron:
alas sólo de arcángel no tenía....
¡Dios quizá!... ¡Dios quizá!... Tu dulce madre,
de nácar bedelio y rosas parecía
conjunto deleitoso.... ¡Hasta la dieron
su sonreír las hadas!... ¡Ay! ¡Perdona!
Ciega fui por tu culpa.... ¿Qué me quieres?
Ya tu esclava sumisa no ambiciona
tanto bien:... ¿Mis abrazos? ¿Muchos? ¡Muchos!...
¿Ves ángeles mirándome en la umbra?...
A tus plantas mejor.... Aquí te escucho....
¿Es verdad?... ¡Yo! ¿Verdad lo que profieres?
¿Qué del cielo en tus ojos se traslumbra?
¡Si no el Dios de Laméch, su imagen eres!

XXIV

Corolas sacras de las brunas noches
en las selvas del Indo, así despiden
luz y fragancias al romper sus broches,
y al cálido aquilón besos le piden.
De súbito Rael hundió en aquellos
húmedos ojos que a la noche afrentan,
de su espíritu ardiente y luminoso
el raudal de vivísimos destellos:
como dos universos que se miran.
Los labios fuego alientan:
dos nubes inflamadas que se tocan....
Los pechos, casi ahogados, fuego aspiran:
suspiros que nacientes se sofocan....
Ya no se ven, no se oyen.... Todo calla:
no hay hoja que no tiemble en los ramajes,
no hay inodora flor en los boscajes,
no hay aura que no escuche.... Y cuando estalla
de Dioema en los labios suspirosos
el infinito beso... se oscurece
la noche estremecida,
y los vela con tules vaporosos.
....
Como en la mar el' noto se adormece,
al poder de los cielos ya rendida,

cuando airada tormenta desfallece.

XXV

Esos labios, rubor en los oteros
de las granados y claveles rojos,
blasfemaron, así como blasfema
tu boca dulce y mía,
tan dócil al reír de mis antojos....
Más dócil que la boca de Dioema
a los deleites de Rael sería.
--Más tuya... ¡más!... ¡Hoy quema
tan hondo tu mirada!...
Dejárame decir.... ¿Lo dijo, impía,
ante aquel semidiós anonadada,
mujer enamorada?
¡Yo siento y sé que la verdad decía!
Esto.... acerba piedad en la ironía
que tu semblante plácido demuda....
¡Abrázame y sonrío!
Perdónale a mi amor que te porfíe:
si yo quiero creerte, ¡y sólo él duda!
Y entonces... ¿cómo eres?
¿De la suprema voluntad creadora
hay un poder en ti que a humanos seres
nunca les fue otorgado?
¿Amor?... ¡¡Todo mi amor!!... ¿El divo numen?
¿Fuego que purifica? ¿Germen?... ¿Tea
que en la espantable oscuridad flagrea?...
¡Yo lo sé! ¿Y antes?... ¡Antes! ¿Lo he soñado?
¿No es ilusión?... ¿Tú sabes?... ¡¡Ya te creo!!
¡Te amé! ¡Mucho te amaba! ¡Me has amado!
¿Por qué de ti arrancarme pudo el hado!
Amor, germen y luz... ¡yo te poseo!
Ciega... ciega te sigo;
y me alces a los cielos, o iracundo
abismo de los réprobos devore
lo que hay de humano en mí... mientras no lllore
tu desamor el alma....
Compadéceme y nunca.... ¿Qué te digo?...
¡El Infierno mi Edén será contigo!

XXVI

--Espíritu que va de mundo en mundo
por el espacio sideral inmenso,
de penumbra en penumbra,
do la incontable humanidad habita,
es lo que amas en mi y en ti deslumbra:
de la obra al Creador; de lo profundo,
informe, oscuro y misterioso, surge;
de amor divino y del amor humano,
su esencia, forma y fin son el arcano:
ledo, débil y torpe.... ya suspenso
al borde de la nada, es como el ave
que implume, el vuelo maternal imita
en el nativo soto,
y admira lo azulado y lo remoto
del horizonte que cruzar no sabe:
ya en ascensión gloriosa, ya en descenso....
Ya indeciso se agita:
¿Ama --obrero del bien?-- es luz y canto,
¿Duda?... en noche de horror se precipita.
Odia --genio del mal-- e infunde espanto.
Caído... ante el fetiche se prosterna.
¡La escala de Jacob es infinita!
¡La lucha de Jacob es lid eterna!

XXVII

--¡Yo puedo!... ¡No me dejes!.... Ya divisó
la senda luminosa que señalas:
llévame de tu Dios al Paraíso;
a ti y a mí nos servirán tus alas.
¡Estréchame en tus brazos!... ¡No supiste!
¡No sabes!... Le imploraba y él no quiso
hacer contra tu amor mi virtud fuerte:
llamándole mis labios... me venciste,
y tu amante locura y tu contento
eran mi orgullo y dicha... ¡y mi tormento!
Sólo tú me quedabas... o la muerte:
todo mi amor para saciarte.... ¡o suya!
¿La eternidad sin ti?... ¡La vida y tuya!
Tu sublime demencia
de amor, nunca en el mundo antes sentido,
o lo espantoso de la tumba fría.
Tu maldición y olvido!
¿Podrá ser que destruya
lazos que Dios, formó la ley impía?

¿Podráse hacer que de tus plantas huya
tu sombra bajo el sol del medio día?...
Alzame de tu Dios a la presencia:
díle cuánto luché.... cómo inocente,
sobre el sepulcro de la madre mía,
antes único amor de mi existencia,
nació tu amor vehemente....
tal vez en mis ensueños anhelado,
frenético, indomable....
Dile que tú... que yo fui la culpable.
Si él, piedad y clemencia,
otro rebelde amor ha perdonado....
¿Mujer que mucho amó fue perdonable?
¡Como te amo, mortal nunca fue amado!
Tu Dios es mi testigo:
¡Llévame al cielo; sin temor te sigo!

XXVIII

--El que soles innúmeros inflama
del espacio infinito en la tiniebla,
y de mundos la puebla
en que sus dones pródigo derrama;
el que creó más astros que burbujas
hierven del torvo mar en los olajes,
cuando iracundo brama
espantoso en sus ímpetus salvajes...
¡nos ve, nos oye, te bendice y ama!
Son polvo rutilante de sus huellas
en este cielo azul orbes y estrellas:
a sus plantas, antorchas moribundas
Osorno erguido, a cuya sombra duermen
las aguas opalinas de Llanquihue,
y el Puracé de cárdenos fulgores,
centinela de invictos lidiadores:
su sonreír, las vívidas auroras
de septiembre fragante...
su bendición, la paz en las cabañas,
de tu valle nativo en las montañas:
su ternura y piedad... aquellas horas
de júbilo y amor desde el instante
que tus labios altivos,
orgullosos aún, mas ya no esquivos...
dijeron.... ¿Qué dijeron?
Juraron.... ¿Qué juraron?

A tu rigor traidores, sonrieron....
Y después de mi dicha... suspiraron.

XXIX

Es urna de perfumes que trasporta
el excitante olor del nardo libio,
y el bálsamo destila que atesora....
Es el ambiente regalado y tibio,
humano, virginal, que de sus senos,
de vida y flores y de aromas llenos,
en las campiñas de Pubén exhalan,
del vespertino sol bajo los rayos,
las vegas que, frondosos,
recatan en sus sombras susurrosos
los arrayanes y floridos mayos.

XXX

Duerme tranquila que tu sueño espío,
y en cambio sólo aspiraré tu aliento,
cual en las siestas plácidas de estío
en los bosques del Maipo soñoliento:
no les temas al piélagos bravío,
ni de alta noche al huracán violento;
como mi alma en tus ojos, amor mío,
en la mar se contempla el firmamento.
--Dormir es ya no verte... y es morirme,
cuando más en mis ojos te embelesas;
es a otro mundo, sin llevarte,irme...
hazme creer que te oigo como en esas
horas tan dulces... tu pasión decirme:
hazme sentir... soñar... ¡que así me besas!

FIN DEL CANTO PRIMERO (y Único)